

Para no perder lo ganado, á costa de bastante sangre, Cortés, al llegar la noche, dejó custodiados los puentes, con bastante gente, y él volvió á los cuarteles, contento del éxito alcanzado. Nuevos combates y nuevos incendios presenció la luz del siguiente día. La fortuna favoreció también al caudillo español, y los otros cuatro puentes fueron tomados. Una parte de la caballería, persiguió á los mejicanos hasta la tierra firme. Hernan Cortés, contento de la victoria, que le proporcionaba la manera de realizar el pensamiento que habia concebido, pero que á nadie llegó á comunicar, se ocupaba en hacer cegar los puentes ganados. En aquellos momentos llegaron del cuartel algunos españoles. Les preguntó el general si ocurría alguna novedad, y le contestaron que sí; aunque la novedad era agradable. Entonces le dijeron, que los jefes aztecas que ocupaban los puntos próximos á los cuarteles, solicitaban la paz y que le esperaban los principales para celebrar un convenio. Hernan Cortés marchó sin pérdida de momento á los cuarteles, sin que le acompañasen mas que dos de á caballo. Los nobles aztecas que le esperaban, le saludaron afectuosamente. Tomó la palabra uno de ellos en nombre de todos. Manifestó que estaban dispuestos á celebrar la paz, si se les prometía que nadie seria castigado por las hostilidades pasadas. Siendo así, ellos harían que se levantase el sitio puesto á los cuarteles, se colocasen los puentes que habian sido quitados, se compusiesen las calzadas y se reconociese como soberano al monarca de Castilla. Los parlamentarios suplicaron en seguida, que permitiese que fuese con ellos uno de los sacerdotes hecho prisionero en la toma del *teocalli*, que era el principal de

los ministros del templo. De esta manera, añadieron, los sacerdotes acatarán la voz de su superior, y nada se opondrá á la realizacion de nuestro deseo (1).

De acuerdo Hernan Cortés en todo, puso en libertad al sumo sacerdote, que se alejó en compañía de los parlamentarios. La satisfaccion del caudillo español era intensa. Veía próximo el premio de su constancia y de sus peligros. El país volvería á la obediencia; sus servicios serian premiados liberalmente por el rey; las promesas de ventura hechas á sus soldados se realizarian, y su nombre viviria en la historia con el brillo correspondiente á los héroes.

Acariciando estas halagadoras esperanzas, entró en la fortaleza, y se sentó á comer. Casi en el mismo instante se presentaron sudando y en la mayor agitacion algunos soldados de los que dejó en los puntos ganados aquella mañana. Las noticias que le dieron, llegaron á destruir las gratas ilusiones concebidas hacia un momento. Los aztecas habian vuelto á apoderarse de los puentes perdidos pocas horas antes; numerosos batallones combatian contra los que defendian los demás puntos, y varios españoles habian sido muertos en la lucha. Hernan Cortés montó á caballo en el instante: conoció que el parlamento de los jefes aztecas, proponiendo la paz, habia sido un ardid para salvar al sumo sacerdote y adormecer su vi-

(1) «Los cuales me dijeron que si yo les aseguraba que por lo hecho no serian punidos, que ellos harían alzar el cerco y tornar á poner las puentes y hacer las calzadas y servirían á V. M., como antes lo facian. E rogáronme que ficiese traer allí uno, como religioso, de los suyos, que yo tenia preso, el cual era como general de aquella religion.»—Segunda carta de Cortés á Carlos V.

gilancia. Disgustado de su credulidad y deseando reparar el daño sufrido, voló al sitio del peligro, seguido de algunos jinetes. Comprendiendo toda la importancia de la posesion de los puentes, acometió con indecible ímpetu á los escuadrones aztecas, y destrozándolos y poniéndolos en precipitada fuga, volvió á recobrar todos los puentes, persiguiendo á los contrarios hasta la tierra firme.

Pero mientras él y la caballería sembraban el terror en los fugitivos, la infantería, que se habia quedado cegando uno de los principales puentes, se vió acometida por numerosos batallones que salieron de las encrucijadas y de las canoas que acudieron por uno y otro lado. Los soldados, rendidos de fatiga, faltos de alimento, heridos casi todos, y acosados por la muchedumbre de guerreros, se vieron precisados á dejar tres puentes, procurando resistir en el primero que se ganó aquel dia, y que era uno de los mas anchos.

La lucha era terrible. Una horrible granizada de dardos, de piedras y de flechas sonaba sobre los escudos de los españoles, y millares de lanzas y de macanas dirigian sus golpes al pecho y á la cabeza.

Entretanto que unos escuadrones combatian á la infantería, otros se ocupaban en ahondar aun mas los puentes que habian quedado abandonados y casi cegados.

Ignoraba Cortés lo que habia acontecido, y cuando volvia para reunirse con sus compañeros, se encontró los puentes en poder del enemigo y corriendo el agua con fuerza y abundancia. Una descarga de flechas, arrojada de los flancos, del frente y de la retaguardia, cayó sobre los jinetes y los caballos, hiriendo á unos y silbando otras

en los oidos de los valientes caballeros, para caer á corta distancia de ellos. El peligro era inminente. El pequeño escuadron de caballería, luchando como héroes, logró pasar dos puentes, logrando vencer todas las dificultades.

Los escuadrones aztecas seguian á los jinetes fugitivos, lanzando horribles alaridos y una nube de dardos sobre ellos. Hernan Cortés se detenia con frecuencia á dar frente á los perseguidores, siendo el último en llegar al sitio de retirada. Acosados siempre por los batallones aztecas, que por tierra y agua les enviaban un diluvio de armas arrojadas, llegaron al puente mas ancho, que los indios habian roto. El canal era allí bastante profundo, y centenares de canoas, cubiertas de guerreros, ocupaban las acequias de ambos lados. El paso era difícil, y los mejicanos cargaron allí considerables fuerzas sobre los fatigados jinetes, con objeto de hacerles prisioneros, juzgando imposible que los caballos pudieran salvar la distancia que habia de una orilla á la otra. No se equivocaron. Los corceles iban fatigados y cubiertos con su armadura; y los jinetes que trataron de dar el salto, cayeron al canal con sus caballos. Otros desmontaron y buscaban algunas vigas para colocarlas y cruzar por ellas, y uno cayó á tierra al tropezar la cabalgadura en los escombros de la destruida trinchera, quedando suelto y espantado el corcel. Un incesante aguacero de flechas y de piedras caia entretanto sobre ellos, arrojado de las acequias que orillaban la calle y que estaban llenas de canoas con numerosos guerreros aztecas. Hernan Cortés, que marchaba defendiendo la retaguardia y que llegó poco despues, viendo que si no detenia á los contrarios perecerian sus

compañeros, volvió sobre los enemigos, acometiéndoles él solo con furia espantosa. Sosteniendo aquella lucha desigual, y derribando á cada vuelta de su brioso corcel varios contrarios, y atropellando á otros, dió lugar á que los compañeros pudieran pasar felizmente (1). Cortés, segun dice un historiador antiguo, emulaba en aquel instante, combatiendo él solo contra numerosos enemigos, el heróico hecho del intrépido romano Cocles (2).

Los escuadrones aztecas cargaron sobre él por todas partes al verle solo; y mientras los que habian pasado el destrozado puente se alejaban acosados por los guerreros que de uno y otro lado del camino disparaban sus flechas y piedras, Cortés luchaba desesperadamente. Se hallaba en medio de un océano de gente que anhelaba hundirle bajo su peso y hacerle prisionero. Apoderarse del general, juzgaban como el término de la lucha y la rendicion de todos los hombres blancos. Los alaridos de guerra y los gritos de alegría de los escuadrones mejicanos, se escuchaban desde largas distancias. Veian guerrear con denuedo al hombre que habia salido vencedor en cien combates, pero abrigaban segura confianza de

(1) «Y cuando llegué á la postrera puente de hácia la ciudad, hallé á todos los de á caballo que conmigo iban, caidos en ella, y un caballo suelto. Por manera que ya no pude pasar, y me fué forzado de revolver solo contra mis enemigos, y con aquello fué algun tanto de lugar para que los caballos pudiesen pasar.»—Segunda carta de Cortés.

(2) «Muy digno es Cortés que se compare este fecho suyo desta jornada al de Oracio Cocles, que se tocó de suso, porque con su esfuerzo é lanza sola dió tanto lugar, que los caballos pudieron pasar, é hizo desembarazar la puente é pasó, á pesar de los enemigos, aunque con harto trabajo.»—Oviedo. *Historia de las Indias*.

que entonces eran inútiles sus esfuerzos. Su retirada se hallaba cortada por el destrozado puente, y á sus flancos corrian dos canales cubiertos de canoas llenas de guerreros. Hernan Cortés, despreciando el peligro y calculando la anchura del canal, arremetió á los que le acosaban por la retaguardia, persiguiéndoles unas cuantas varas. Entonces, volviendo de repente hácia el roto puente, arrimó las espuelas á su brioso corcel, y dándole toda la velocidad posible, salvó de un salto el canal que media seis pies de ancho, recibiendo una terrible granizada de piedras y de flechas que sonaban con ruido espantoso en la armadura del caballo y del jinete (1).

La tardanza del general tenia sobresaltados á los españoles. Temian que hubiese perecido. Pronto corrió la voz por toda la ciudad de que habia muerto, dada sin duda por los mejicanos. La consternacion se apoderó de los castellanos con aquella noticia, mientras en el campo azteca produjo una indescriptible alegría (2).

En aquellos momentos se presentó Hernan Cortés á

(1) Ha sido ponderado de todos este salto, por la circunstancia de la pesada armadura del corcel y del caballero. Algunos dudaban de que hubiese podido darlo; pero no hay duda del hecho. Hernan Cortés en su segunda carta, dice al rey: «Y pasé aunque con harto trabajo, porque habia de la una parte á la otra casi un estado de saltar con el caballo, los cuales, por ir yo y él bien armados, etc.» Oviedo, que habló con muchos de los soldados de Cortés, dice: «Y segun yo he entendido de algunos que presentes se hallaron, demás de la resistencia de aquellos, habia de la una parte á la otra casi un estado de saltar con el caballo, sin le faltar muchas pedradas de diversas partes é manos, é su caballo bien armado no los hirieron; pero no dejó de quedar atormentado de los golpes que le dieron.»—*Historia de las Indias*, MS.

(2) «Y por la una parte y por la otra de toda la calzada llena de gente, así en la tierra como en el agua, en canoas, la cual nos garrochaba y pedreaba en

los suyos, cubierto de sudor y de polvo. El placer que causó su presencia no tenía límites. Había recibido muchas y fuertes contusiones en la tempestad de armas arrojadas descargadas de todas partes durante el combate; pero no contaba ninguna herida.

La jornada de aquel día no produjo ningún bien, y sí bastantes daños á los españoles. Habían ganado á fuerza de sacrificios y de fatigas los últimos cuatro puentes; pero volvieron á perder tres, sufriendo graves pérdidas. Hernán Cortés se encontraba dueño de cinco puentes; pero aun éstos podía llegarlos á perder al siguiente día, según estaba de cansada y herida toda su gente. Entonces vió que era imposible realizar el plan que había concebido de mantener libre la comunicación entre la campiña y la ciudad. Salir de ésta lo más pronto posible, era indispensable.

El caudillo español ocultando su pensamiento por aquel instante, para no alarmar el espíritu del soldado, ordenó que permaneciese una fuerza respetable guardando los cinco puentes ganados, y se dirigió en seguida á los cuarteles, á fin de dictar algunas providencias importantes.

Su primer paso fué mandar hacer inmediatamente un puente de madera, bastante fuerte, por el cual pudieran pasar los cañones y la caballería con toda seguridad. Cuarenta hombres habían de conducir el puente á los sitios necesarios.

tanta manera, que si Dios misteriosamente no nos quisiera salvar, era imposible escapar de allí, é aun ya era público entre los que quedaban en la ciudad, que yo era muerto.»—Segunda carta de Cortés.

En seguida convocó á todos los capitanes á una junta de guerra.

Era preciso abandonar la preciada joya que había acariciado como suya, y salir fugitivo de donde había entrado como señor.

¡Incomprensibles caprichos de la fortuna!